

Joseph Roth

El peso falso

Traducción de Rosa Sala Rose



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Das falsche Gewicht*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Rosa Sala Rose, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-951-6
Depósito legal: M. 5.835-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo 1
14	Capítulo 2
16	Capítulo 3
20	Capítulo 4
23	Capítulo 5
26	Capítulo 6
30	Capítulo 7
35	Capítulo 8
39	Capítulo 9
44	Capítulo 10
47	Capítulo 11
53	Capítulo 12
58	Capítulo 13
62	Capítulo 14
66	Capítulo 15
71	Capítulo 16
77	Capítulo 17
82	Capítulo 18
86	Capítulo 19
89	Capítulo 20
92	Capítulo 21
98	Capítulo 22
104	Capítulo 23
107	Capítulo 24

Índice

111	Capítulo 25
116	Capítulo 26
120	Capítulo 27
125	Capítulo 28
127	Capítulo 29
134	Capítulo 30
139	Capítulo 31
142	Capítulo 32
146	Capítulo 33
150	Capítulo 34
155	Capítulo 35
162	Capítulo 36
167	Capítulo 37
172	Capítulo 38
178	Capítulo 39
181	Capítulo 40
185	Capítulo 41

Capítulo 1

En el distrito de Zlotogrod hubo una vez un inspector de pesos y medidas llamado Anselm Eibenschütz. Su trabajo consistía en comprobar las medidas y los pesos de los tenderos de todo el distrito. En determinados periodos, Eibenschütz viaja de una tienda a otra para examinar las varas de medir, las balanzas y los pesos. Le acompaña un sargento de la gendarmería completamente armado. Es el modo que emplea el Estado para dar a entender que, llegado el caso, estaría dispuesto a castigar a los falsificadores por medio de las armas, fiel a las palabras de las Sagradas Escrituras según las cuales un falsificador es equiparable a un ladrón.

En cuanto a Zlotogrod, se trataba de un distrito bastante extenso. Abarcaba cuatro pueblos de cierto tamaño, dos relevantes villas con mercado y por último la ciudad de Zlotogrod propiamente dicha.

El inspector de pesos y medidas empleaba para sus trayectos de servicio un pequeño coche de propiedad estatal de una caballería y dos ruedas, incluido un caballo blanco cuyo mantenimiento iba a cargo del propio Eibenschütz. El caballo conservaba un temperamento considerable. Había servido en el ejército durante tres años y si lo habían degradado al servicio civil era solo por una ceguera repentina en el ojo izquierdo cuya causa ni siquiera el veterinario acertaba a explicar. Pero no dejaba de ser un apuesto caballo blanco del Estado, enganchado a un veloz cochecito de color amarillo intenso. Junto al inspector de pesos y medidas Eibenschütz también se sentaba algunos días el sargento de la gendarmería Wenzel Slama. En su casco de un amarillo ocre relucían el pincho dorado y el águila bicéfala imperial. De entre sus rodillas emergía el rifle con la bayoneta calada. Las riendas y el látigo los sostenía el inspector. Su bigote rubio y suave, meticulosamente cepillado hacia arriba, lucía el mismo brillo dorado del águila bicéfala y del casco con pincho: parecía hecho del mismo material. De vez en cuando Slama hacía restallar el látigo y cada chasquido sonaba como una carcajada. El caballo blanco galopaba con ambiciosa elegancia y con todos los aires de un caballo militar en activo. En los días calurosos de verano, cuando las calles y caminos del distrito de Zlotogrod estaban muy secos y casi sedientos, se levantaba una tremenda polvareda amarillenta que envolvía al caballo, al coche, al gendarme y al inspector. En invierno, en cambio, Anselm Eibenschütz te-

nía a su disposición un pequeño trineo de dos asientos. El caballo galopaba con la misma elegancia tanto en verano como en invierno. Pero en invierno no era una nube de polvo dorado, sino un remolino de nieve plateada lo que envolvía al gendarme, al inspector y al trineo en la invisibilidad, y muy especialmente al caballo, ya que era casi tan blanco como la nieve. Anselm Eibenschütz, nuestro inspector de pesos y medidas, era un hombre muy apuesto. Un viejo soldado. Había pasado sus doce años de prolongado servicio como suboficial en el Decimoprimer Regimiento de Artillería. Como se suele decir, había servido desde abajo. Había sido un buen soldado. Y nunca habría abandonado el ejército si su esposa, a su manera severa y casi implacable, no lo hubiera obligado a ello.

Se había casado, como suelen hacer casi todos los suboficiales con muchos años de servicio. ¡Oh, cuán solos se sienten los suboficiales que llevan muchos años en activo! No ven más que hombres, hombres por todas partes. Las mujeres que les salen al paso se escabullen como pájaros. Se podría decir que los suboficiales se casan por tener al menos un pájaro en mano. Así que también el veterano artificiero Eibenschütz se casó, y lo hizo con una mujer indiferente, algo de lo que cualquiera se habría dado cuenta enseguida. Lamentó mucho dejar su uniforme. No le gustaba la ropa de civil, se sentía como un caracol obligado a abandonar su hogar, un hogar que había construido con su propia saliva, es decir, con su carne y con su sangre, durante un cuarto de su vida de gasterópodo.

Pero sus compañeros estaban en la misma situación. Casi todos tenían una esposa; por equivocación, por soledad, por amor, ¡quién sabe! Y todos obedecían a su esposa; por miedo y por caballerosidad y por costumbre y por miedo a la soledad, ¡quién sabe! Fuera como fuese, el caso es que Eibenschütz abandonó el ejército. Se quitó su uniforme, su amado uniforme; dejó el cuartel, su amado cuartel. Cualquiera suboficial con antigüedad tiene derecho a mantener el cargo. Eibenschütz, natural de la ciudad morava de Mikulov, había intentado durante mucho tiempo que lo trasladaran de regreso a su tierra natal en calidad de embargador o de planificador, ya que a causa de su esposa iba a verse obligado a dejar el ejército, su segundo y quizá su más auténtico Mikulov. Pero en aquel tiempo no había necesidad de embargadores ni de planificadores. Todas las solicitudes de Eibenschütz fueron rechazadas.

Entonces, por primera vez, sintió auténtica ira contra su esposa. Y él, un artificiero que había resistido tantas maniobras y a tantos superiores, se prometió a sí mismo que a partir de entonces se mostraría implacable con ella. Se llamaba Regina. En su día, cinco años atrás, ella se había enamorado de su uniforme. Ahora, después de haberlo visto y poseído desnudo y sin uniforme durante muchas noches, le exigía que fuera civil, y que tuviera un cargo, y un hogar, e hijos y nietos, y a saber cuántas cosas más.

Pero toda esa ira no le sirvió de nada a Anselm Eibenschütz cuando recibió la noticia de que había

quedado vacante el puesto de inspector de pesos y medidas en Zlotogrod.

Eibenschütz depuso las armas. Dejó el cuartel, el uniforme, los camaradas y los amigos.

Y se puso en camino a Zlotogrod.

Capítulo 2

El distrito de Zlotogrod se extendía por el Oriente más lejano de la monarquía. El anterior inspector de pesos y medidas de aquel territorio había sido un holgazán. ¿Desde cuándo existían los pesos y medidas? Los más ancianos todavía podían acordarse. Antes no había más que balanzas, solo eso. Las telas se medían con el brazo, y todo el mundo sabía que un brazo de hombre, desde el puño hasta el codo, mide una vara, ni más, ni menos. Todo el mundo sabía también que un candelabro de plata pesa una libra y veinte gramos, mientras que un candelabro de latón pesa aproximadamente dos libras. Sí, en aquel territorio había mucha gente que no se fiaba en absoluto de pesar ni de medir las cosas. Pesaban con la mano y medían a ojo. No era un territorio favorable para un inspector de pesos y medidas del Estado. Ya hemos dicho que an-

tes de la llegada del artificiero Anselm Eibenschütz había habido otro inspector en el distrito de Zlotogrod. Pero ¡menudo inspector! Viejo, débil y entregado al alcohol, ni siquiera se molestó nunca en comprobar personalmente los pesos y medidas de la pequeña ciudad de Zlotogrod, así que difícilmente iba a hacerlo en los pueblos y en los mercados del distrito. Por eso su entierro tuvo una comitiva fúnebre preciosa. Todos los tenderos siguieron su ataúd: los que pesaban con pesos equivocados, concretamente con los candelabros de plata y de latón; los que medían con el brazo desde el puño hasta el codo, y muchos otros que sin intereses particulares y únicamente por principios se lamentaban amargamente de que se hubiera ido un inspector de pesos que no tenía principios. Porque la gente de ese territorio consideraba a todos quienes representaran de forma implacable los requerimientos del derecho, la legalidad, la justicia y el Estado como sus enemigos natos. Si mantener en las tiendas los pesos y medidas impuestos por la normativa ya era difícil de justificar ante la propia conciencia, ¡qué decir entonces de la llegada de un nuevo inspector de pesos y medidas con sentido del deber! Tan grande como el duelo con el que los ciudadanos de Zlotogrod acompañaron a la tumba al viejo inspector era ahora la desconfianza con la que recibieron a Anselm Eibenschütz.

Porque se veía a simple vista que él no era viejo, ni débil, ni bebedor, sino todo lo contrario: apuesto, fuerte y honesto. Sobre todo, demasiado honesto.

Capítulo 3

Éstas fueron las condiciones poco favorables bajo las que Anselm Eibenschütz tomó posesión de su cargo en el distrito de Zlotogrod. Llegó en primavera, en uno de los últimos días de marzo. En el cuartel bosnio del artificiero Eibenschütz las ardillas ya habían empezado a asomar tímidamente, se habían iluminado las flores del sauce, los mirlos trinaban sobre la hierba y las alondras hacían lo propio en el aire. Pero cuando Eibenschütz llegó al norteño Zlotogrod, la nieve blanca y densa todavía cubría las calles y los carámbanos de hielo pendían severos e implacables de los aleros. Los primeros días Eibenschütz se sintió como si se hubiera vuelto sordo de repente. Aunque entendía la lengua del lugar, no se trataba tanto de comprender lo que dijera la gente, sino lo que decía la tierra misma. Y aquella tierra hablaba una lengua terrible: decía nie-

ve, oscuridad, frío y carámbanos, aunque el calendario expresara primavera y aunque en los bosques del cuartel bosnio de Sipolje ya florecieran las violetas desde hacía tiempo. Allí, en Zlotogrod, solo las cornijas chillaban en los pastos y castaños secos. Se posaban como en haces sobre las ramas desnudas y no parecían aves, sino una especie de frutos con alas. El riachuelo, llamado Struminka, seguía dormido bajo un pesado manto de hielo. Los niños se deslizaban jubilosos por su superficie y su júbilo entristecía aún más al pobre inspector de pesas y medidas. De pronto, en medio de la noche, cuando el campanario aún no había dado la medianoche, Eibenschütz oyó el tremendo crujido del hielo al quebrarse. Aunque era noche cerrada, los carámbanos de los aleros empezaron a fundirse de repente y sus gotas cayeron con dureza sobre la acera de madera. Los había llevado a derretirse un dulce y suave viento del sur, un hermano nocturno del Sol. En todas las casas se abrieron las contraventanas, la gente se asomó, muchos incluso salieron a la calle. En el resplandeciente cielo azul claro las estrellas lucían frías, eternas y espléndidas, tanto las doradas como las plateadas, y parecía como si estuvieran escuchando los crujidos y golpes desde las alturas. Muchos habitantes se vistieron a toda prisa como suele hacerse solo en caso de incendio y se dirigieron al río. Se apostaron con antorchas y faroles en ambas orillas y contemplaron cómo se rompía el hielo y el río despertaba de su letargo invernal. Hubo quien saltó, con júbilo infantil, a alguno de los témpanos arrastra-

dos por el agua, deslizándose con él a toda prisa, el farol en la mano, saludando a los que permanecían en la orilla, y solo al cabo de un buen rato saltaba de nuevo a tierra. Todos se comportaban de forma revoltosa e insensata. El inspector de pesas y medidas habló con algún que otro habitante de la pequeña ciudad por primera vez desde su llegada. Y alguno le preguntó al inspector de dónde venía y que había ido a hacer allí. Él suministró la información, amable y satisfecho.

Eibenschütz permaneció despierto toda la noche con los habitantes de la villa. Por la mañana, al regresar a casa y con un hielo que ya había moderado sus crujidos, volvió a sentirse triste y solo. Por primera vez experimentó la clase de escalofrío que solo transmiten los presentimientos. Sintió que ahí en Zlotogrod iba a cumplirse su destino. Y también por primera vez en toda su valerosa vida, sintió miedo. Y por primera vez, al regresar a casa y tenderse sobre la cama, no logró conciliar el sueño. Despertó a su mujer Regina. Le asaltaban extraños pensamientos que se sentía impelido a expresar. En realidad, lo que quería preguntar es por qué los seres humanos están tan solos. Pero se avergonzó y se limitó a decir:

—Regina, ahora tú y yo estamos completamente solos.

La mujer se había incorporado entre las almohadas, en su camisón de color lila, mientras la mañana se colaba exigua por las rendijas de las contraventanas. A Eibenschütz le recordó a un tulipán que hubiera comenzado a marchitarse en esa primera noche de primavera de Zlotogrod.

–Regina –añadió Eibenschütz–, ¡me parece que no debería haber dejado nunca el cuartel!

–Pues yo con tres años de cuartel ya he tenido más que suficiente –respondió la mujer–. Y ahora, ¡déjame dormir!

Dicho esto se dejó caer de nuevo en las almohadas. Eibenschütz abrió una de las contraventanas y se asomó a la calle. Pero también la mañana estaba marchita. Marchita, sí: incluso la mañana se había marchitado.

Capítulo 4

A su alrededor había niños. Niños y más niños. El sargento de la gendarmería Wenzel Slama había logrado tener gemelos dos veces consecutivas, en un intervalo de veinte meses. Había niños por todas partes. Mirara Eibenschütz donde mirara, había un niño. Jugaban con el agua sucia de la acequia. Jugaban a las canicas en el suelo. Jugaban sobre los bancos viejos del parquecillo de Zlotogrod, un parque tísico y agonizante. Jugaban bajo la lluvia y la tormenta. Jugaban a la pelota, al aro y a los bolos. Ahí donde el inspector de pesos y medidas Eibenschütz dirigía la vista había niños, niños y más niños. Era un territorio fértil, de eso no había duda.

¡Si por lo menos el inspector Eibenschütz también los hubiera tenido! Todo habría sido diferente. Al menos, a él se lo parecía.

Estaba muy solo, y se sentía extraño y desarraigado en la desacostumbrada ropa de civil, después de haber habitado durante doce años en su uniforme pardo de artificiero. Y su mujer, ¿qué era para él? Por primera vez se preguntó por qué y para qué se había casado con ella. Ese pensamiento lo asustó terriblemente. Y lo asustó precisamente porque él nunca se había creído capaz de asustarse por nada. Le dio la impresión de que se había descarriado; ¡precisamente él, que siempre había seguido con persistencia el camino marcado! Aun así, fiel a la disciplina militar y por miedo al miedo, se entregó por entero a su servicio y a sus obligaciones. Nunca se había visto en aquella zona a un inspector de pesos y medidas tan entregado al Estado, a la Ley, a los pesos y a las medidas como él.

De pronto se dio cuenta de que no amaba a su mujer. Precisamente ahora que se sentía tan solo en la ciudad, en el distrito, en el cargo, entre la gente, sentía la necesidad de que en su casa hubiera amor e intimidad y vio que éstos brillaban por su ausencia. A veces, por la noche, se incorporaba y contemplaba a su mujer. A la luz amarillenta de la lamparita de noche, situada sobre el armario ropero y que lejos de ahuyentar la oscuridad era como si generara un núcleo luminoso en la noche de la habitación, la durmiente Regina le pareció al inspector Eibenschütz como un fruto seco. Se incorporó mejor en la cama y la miró más atentamente. Cuanto más tiempo la contemplaba, tanto más solo se sentía. Era como si el mero hecho de contemplarla le generara soledad. A él, a An-

selm Eibenschütz, esa mujer no le pertenecía en absoluto, tal como la veía ahí, con sus bellos pechos, el sosegado rostro de niña, las cejas arqueadas con brío, la amorosa boca entreabierta y el tenue y ligero resplandor de los dientes entre los oscuros labios rojos. El deseo no lo atraía hacia ella como antaño, en las noches del pasado. ¿La amaba todavía? ¿La deseaba todavía?

Estaba solo, el inspector Anselm Eibenschütz. Tanto de día como de noche, siempre solo.

Capítulo 5

Cuando ya llevaba cuatro semanas en el distrito de Zlotogrod, el sargento Wenzel Slama le propuso afiliarse a la asociación de ahorradores¹ de los funcionarios estatales. A esta asociación pertenecían embargadores, redactores e incluso secretarios de juzgado. Todos jugaban al tarot o al bacará. Dos veces por semana se reunían en el Café Bristol, el único café de Zlotogrod. Todos los miembros de la asociación acogieron al inspector Eibenschütz con desconfianza, no solo porque era forastero y recién llegado, sino también porque presentían en él a alguien completamente honrado y todavía sin corromper.

1. *Sparverein*. Estas asociaciones hoy desaparecidas fueron habituales en las regiones de habla alemana. La aportación económica regular de los asociados permitían ayudar a miembros en apuros, además de ofrecer un pretexto para las reuniones sociales. (*N. de la T.*)

En cuanto a ellos, ya estaban corrompidos por completo. Se dejaban sobornar y sobornaban a otros. Engañaban a todo el mundo y a sus superiores. Sus superiores engañaban a su vez a los suyos, que se encontraban en las lejanas metrópolis. En la asociación, uno le hacía trampas al otro al jugar a cartas; y no lo hacían por ganar dinero, sino porque sí, por el mero placer de engañar. Anselm Eibenschütz, en cambio, no hacía trampas. Pero lo que aún les molestaba más de él no era tanto el hecho de que no las hiciera, sino que se tomara con indiferencia las trampas de las que él mismo era objeto. Así que incluso rodeado de todas esas gentes Eibenschütz estaba solo.

Los tenderos lo odiaban, con una única excepción de la que hablaremos más adelante. Lo odiaban porque le tenían miedo. Cuando lo veían llegar en su coche dorado, con el gendarme a un lado del estribo, llegaban al extremo de cerrar las puertas. Sabían muy bien que se verían obligados a abrirlas en cuanto el gendarme llamara tres veces. Pero lo hacían a pesar de todo. Las cerraban solamente para molestar al inspector Eibenschütz, porque ya había denunciado a varios tenderos y los había llevado a juicio.

Cuando llegaba a casa a última hora del día, sudoroso en verano, medio congelado en invierno, su mujer lo esperaba ceñuda. ¿Cómo había podido vivir durante tanto tiempo con una mujer que le resultaba tan extraña? Era como si la acabara de conocer. Un minuto antes de cruzar el umbral de su casa siempre temía que hubiera cambiado en relación al día anterior y

volviera a ser una extraña para él, una mujer nueva pero aún más tenebrosa. De ordinario la encontraba sentada haciendo calceta bajo la lámpara de petróleo, en una actitud de sumisión industriosa, hostil y amargada. Con todo, era bonita de ver con el cabello negro y liso y el labio superior breve y obstinado que simulaba una petulancia infantil. Se limitaba a alzar la mirada mientras sus manos seguían tejiendo.

—Entonces ¿cenamos ahora? —inquiría.

—Sí —respondía él.

Ella dejaba la calceta a un lado: un ovillo peligroso de color verde veneno con dos amenazantes agujas clavadas y un trozo comenzado de calcetín que parecía un residuo, como una obra aún innata pero ya desmembrada.

¡Ruinas, ruinas, ruinas! Eibenschütz fijó la mirada en aquel residuo mientras percibía el sonido del aplicado trajinar de su esposa en la cocina y la voz vulgar y chillona de la criada. Aunque estaba hambriento, deseaba que las mujeres permanecieran todo el tiempo posible en la cocina. ¿Por qué no habría niños en la casa?